

# STORM

# Sisters

MINTIE  
DAS

## EL MUNDO QUE SE HUNDE

Cinco chicas y un barco,  
un paso adelante en la  
tradicional historia de piratas...

CROSS  
BOOKS

MINTIE  
DAS

# STORM

*Sisters*

EL MUNDO QUE SE HUNDE

CROSS  
BOOKS

Crossbooks  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Storm Sisters. The Sinking World*  
© Kaiken Entertainment, Ltd, 2017  
© de la traducción: Joan Josep Musarra, 2017  
© Editorial Planeta, S. A., 2017  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: junio de 2017  
ISBN: 978-84-08-17353-3  
Depósito legal: 10.334-2017  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# ♦ 1 ♦

## **BITÁCORA DEL BARCO (o sea, BITARCO)**

Querido diario:

(¡Uy! ¡Será mejor que no me olvide de que esto no es un diario. De lo contrario, a Charlie le va a dar un soponcio!)

Querido barco:

Estamos a cosa de un día de Shanghái, donde Liu planea visitar a su padre. En realidad no le apetece verlo, pero tiene que pedirle —rogarle, más bien— que nos permita seguir navegando con su barco. Liu está tan nerviosa que no prueba bocado desde ayer (aunque debo admitir que todas estamos revueltas después de una semana entera con Sadie en la cocina).

Ojalá tengan pepinos en el mercado de Shanghái. ¡Vaya ensalada de rechupete le haría a Liu! Y lo que sobrara me lo colocaría en esos ojos de mapache que se me han puesto. ¡Qué pesadillas sufro a todas horas, incluso de día! Siempre es la misma: un hombre sin rostro le clava una espada a papá.

¡Uy, de nuevo! Me voy por las ramas, así que ahora vienen esos datos tan aburridos:

**Fecha:** Julio (o agosto, vete a saber).

**Posición:** 38° 53.6N 08° 48.6E. (Le preguntaré a Liu.)

**Velocidad med.:** 5,2 nudos.

**Viento:** E, 10-18 nudos (Ingela ha dicho que hoy era fácil trepar a los mástiles).

**Clima:** Parcialmente nublado. Los rizos se me están volviendo locos con tanta humedad.

¡Besitos, barco! (Siento no poder ponerte nombre, pero Liu nos dice que no nos encariñemos mucho contigo, por si al final resulta que su padre nos obliga a devolverte.)

*Raquel* 

Remaban en silencio. La luna menguante apenas las iluminaba. Pero siempre se sentían a gusto en el agua. Incluso en un foso oscuro y profundo que conducía a una ciudad prohibida.

Siempre atentas a la detallada carta que les leía Charlie, llegaron a la puerta oriental del extenso muro de ladrillo que circundaba la Ciudad Antigua de Shanghái. El bote de remos apenas cabía por la puerta oriental; un pequeño arco, en realidad.

—Haz girar la popa hacia la izquierda y pasaré remando —le susurró Charlie a Raquel.

Lograron entrar, pese a que el costado derecho del desvencijado bote chocó con la gruesa pared. Las dos chicas se agacharon. Todos los extranjeros que trataban de penetrar en la Ciudad Antigua iban a la cárcel. Aunque la carta aseguraba que no había guardias a aquel lado del muro, Raquel se santiguó con rapidez en cuanto hubo salido de dudas.

Charlie señaló un enorme jardín de rocalla que tenían delante.

—Creo que debemos ir allí.

Pararon de remar, y la barca se deslizó con suavidad hasta la orilla. Charlie hundió la bota de equitación en la hierba mullida. Tenía el corazón en un puño. Esa mañana había recibido la carta anónima que explicaba en detalle la misteriosa misión, y apenas había podido procesarla. Solo en aquel instante, mientras caminaban de puntillas sobre el puente de bambú, fue consciente del peligro que corrían.

Y además, había arrastrado a Raquel a aquella aventura. Lo mejor habría sido ir con Liu, una muchacha tranquila con nervios de acero. Pero Liu estaba visitando a su padre, por lo que no tuvo más remedio que llevar a Raquel. A esta se le daban muy bien los idiomas, y parecía poseer un sexto sentido con la gente. Por eso la apodaban *Embajadora*. Además, tenía cada vez más destreza con el *panchi*, el antiguo arte de lucha con daga de los Storm.

Todos los Storm se ejercitaban en el *panchi* desde la infancia. Por eso Raquel llevaba encima varias dagas, cuchillos arrojadizos e incluso su preciado *dirk* o daga escocesa. Dadas sus características (no pesaban más de un kilo ni medían más de dos palmos), todas las armas eran fáciles de esconder, y absolutamente letales en lugares demasiado concurridos como para blandir una espada. Por eso Raquel pensaba que podrían serle muy útiles aquella noche.

Charlie saltó sobre el estanque de las carpas. Por puro instinto, manoseó la única perla que colgaba de la liviana cadenilla de plata que llevaba al cuello. Por lo general, detestaba las joyas. Excepto aquel sencillo collar que su padre le dio el día en que su madre los abandonó. Diez años más tarde, Charlie perdió a su padre un día en que lo llevaba puesto; once meses después, seguía sin quitárselo. A veces pensaba que le proporcionaba buena suerte, aunque no pensaba reconocerlo, por miedo a que la consideraran tan supersticiosa

como Raquel. Se metió la cadenilla bajo la blusa. Algo le decía que esa noche iban a necesitar todos los talismanes que tuvieran a su alcance.

Llegaron a la enorme rocalla.

—Mejor será que subas tú —le pidió Raquel: con sus botas de talón alto no podía escalar.

Charlie le echó una mirada al calzado.

—¡Ya te dije que no te pusieras esa ridiculez! —masculló.

Raquel dio un taconazo en el suelo.

—¡No puedo disfrazarme con la facilidad con que lo haces tú, Charles! ¡Necesito accesorios!

Habían creado las Pirettes, un grupo de peligrosas muchachas piratas, para hacer en público lo que casi ninguna otra chica se atrevía a hacer. Pero se disfrazaban de hombres cuando querían ser discretas. Porque las mujeres eran presas, objetivos o juguetes de los hombres, siempre y en todas partes. Ellos, en cambio, gozaban de una impunidad total. Incluso podían asesinar, si se lo proponían.

Como Charlie era de miembros alargados y caderas estrechas, le resultaba más fácil disfrazarse de chico. Le bastaba con ponerse las botas de pirata de suela plana y unos calzones mugrientos.

Pero Raquel era otra cosa: demasiado bajita para sus quince años (Ingela, que tenía once, le sacaba tres dedos) y con una incipiente silueta de reloj de arena. Para compensar, calzaba unas botas con tacones de medio palmo. Se las había robado a un noble menudito que estaba durmiendo la mona.

Charlie alzó los ojos hasta el punto más elevado de la rocalla. Aunque no trepaba como la pequeña Ingela, que debía de estar durmiendo en el barco, le bastaba con sus robustas pantorrillas y sus musculosos brazos.

—Cómo pesas, hija. A que lo que cocina Sadie te gusta

más de lo que reconoces... —la regañó Raquel mientras la ayudaba a encaramarse por las rocas. Luego se secó la frente con el dorso de la mano.

Charlie siguió subiendo mientras se volvía hacia Rachel y le susurraba:

—Ya acabo. No tengo por qué llegar arriba del todo. Me detendré cuando vea la antorcha.

Por fin llegó a un lugar estable donde podía sostenerse. Desde allí divisaba todo el recinto. El aire estaba impregnado del olor a lilas y flores de cerezo. La magnificencia de los jardines Yu, con sus pabellones, arroyos, patios y árboles antiguos y enormes, era evidente incluso de noche. Pero las muchachas no estaban allí para contemplar el paisaje. Charlie se volvió hasta divisar la antorcha encendida, y bajó a toda prisa por la rocalla.

—Tenemos que pasar al otro lado —le dijo a Raquel—. Hasta una pared con la figura de un dragón. Sígueme.

Se marcharon en medio de un silencio enervante, roto solo por los grillos. Hasta la más ligera de sus pisadas parecía estruendosa. A Charlie la sorprendió que, a pesar de su ridículo calzado, Raquel mantuviese el equilibrio.

Llegaron a la pared del dragón. Allí las esperaba una mujer china enfundada en una capa. Era muy bajita y llevaba una antorcha en la mano. Les lanzó una mirada severa.

—Parece que viene horda entera de elefantes. ¿Cómo dos chicas hacéis tanto ruido? ¿Y por qué venís dos si carta solo para una?

—No podía venir sola. Además, pensé que necesitaría ayuda con el idioma.

«Y, por último, tenía demasiado miedo como para venir sola.»

Charlie tuvo el buen criterio de no decir esto último en voz alta. Cuadró los hombros y se apartó los cabellos pelirro-



jos del rostro. Solo podían contar con la ayuda de aquella mujer, que arqueó las cejas.

—¿Hablas chino? —preguntó en un español impecable. Raquel se aclaró la garganta.

—Un poco, aunque tú hablas mi idioma mucho mejor que yo el tuyo —respondió con un no menos impecable dialecto de Shangháí.

Charlie sonrió. Había sido todo un acierto prescindir de Sadie (un ratoncito de biblioteca) y de Ingela (totalmente impredecible) y decantarse por Raquel.

La mujer asintió con gesto aprobatorio.

—Poneos esto. Así. Y daos prisa. Guardia pronto llega para relevo. —Les entregó sendas capas grises como la que llevaba puesta—. Vamos a lugar no seguro para extranjeros. Sobre todo para chica extranjera. Aunque chica extranjera piensa que parece príncipe extranjero con bota muy alta.

Apagó la antorcha y se volvió. Raquel la contemplaba con una sonrisa ovejuna, pero el rostro severo de la mujer no se ablandó.

—¡Chist! —las riñó, y se llevó a los labios su afilado dedo índice—. ¡Como ratón, no elefante! ¡O despertaréis toda ciudad!

Charlie y Raquel levantaron más los pies. Tenían miedo hasta de respirar, para no hacer ruido. Una vez franqueada la puerta, un puente. Al otro lado había cuatro guardias armados, dos a la derecha y dos a la izquierda.

Las muchachas se detuvieron.

—Pasos cortos como míos. No pasos grandes de extranjera. ¡Y bajad cabeza! —les susurró la mujer.

Las chicas obedecieron. Uno de los guardias dio una voz y la mujer se detuvo de pronto. Raquel recitó en silencio los nombres de todos los santos que recordaba.

La mujer se quedó con la cabeza gacha mientras respon-

día en un dialecto que ni Raquel ni Charlie reconocían. La frente de Charlie se perló de sudor.

El guardia dio otra voz. Raquel respiró hondo. La mujer echó a andar, esta vez con pasos más rápidos. Las muchachas la siguieron hasta llegar a un gigantesco *paifang*. El arco pintado de rojo parecía tocar la luna. A cada lado había un puntal adornado con *kanjis*. Un dragón de cuello retorcido y aliento de fuego presidía el techo de baldosas multicolores. Charlie lo contempló.

—¿Dónde estamos?

La mujer sacó una navaja y Charlie, al instante, trató de empuñar el alfanje que llevaba bien oculto bajo su abrigo largo. La mujer le golpeó la mano con habilidad para que la apartara.

—En este lugar, hombre malo muy rápido. No tiempo para espadas. —Metió la mano bajo la capa de Raquel—. Esto mejor. —Escondió la navaja entre las ropas de la muchacha, a la altura de la cadera. Raquel asintió, aunque era muy escrupulosa con su espacio personal.

La mujer sacó otro cuchillo más pequeño. Charlie creyó notar que la desconocida llevaba cinco cuchillos en total. Los marineros, los marinos y los caballeros de esa época podían llevar armas. Pero ¿quién llevaba tantas? Los guerreros *pan-chi* y los piratas de los tiempos modernos. Estos últimos podían llevar hasta ocho armas blancas, que utilizaban para cortar cuerdas, conseguirse la comida y defenderse. Charlie contempló a la pequeña mujer china. Como no había mujeres piratas, salvo en las historias ficticias sobre las Pirettes que las muchachas hacían circular, debía de haber otra explicación para aquel arsenal de bucanero. A Charlie le habría gustado investigar un poco más, pero la severa mirada de la mujer le dio a entender que no era buena idea. No obstante, tomó el arma que esta trataba de esconder bajo su ropa.

—Puedo hacerlo yo sola, gracias.

Y ocultó el arma bajo la tela con un gesto más discreto que el que la mujer había empleado con Raquel.

—Seguir de cerca —dijo la mujer mientras pasaba por debajo del *paifang*. Poco después, las asaltó un tropel de sonidos y olores, a un mundo de distancia de la paz imperante en la Ciudad Antigua. Era más bullicioso incluso que el barrio extranjero donde habían atracado. Pero se presentía el peligro. Ambas se alegraron de ir armadas.

—¿Esto también pertenece a Shanghái? —preguntó Raquel. La respuesta llegó en forma de olor a deliciosos *xiaolong bao*.

La mujer las condujo por un laberinto de calles y callejuelas iluminadas por farolillos de papel y rebosantes de gente y comercios. Dejaron atrás los edificios antiguos de mansiones con aleros que se curvaban hacia arriba, estandartes dorados que colgaban de las balaustradas de mármol y paredes rematadas con esculturas de bestias míticas.

Llegaron a lo que parecía una calle principal con abundantes tabernas abarrotadas. Parecía como si la fiesta acabara de empezar. Raquel se contuvo para no arrasar con una bandeja llena de *tangcu paigu*: le encantaba el olor a costillas con salsa agridulce. A Charlie le rugieron las tripas al inhalar el delicioso aroma de las cabezas de pescado encurtidas en salsa de soja.

La calle olía al vinagre de arroz fermentado con el que se preparaban el *jiang luobu* y el *pai huanggua*. Los cantantes de ópera y los ladridos de los perros formaban una orquesta que, unida al sudor y el caos demencial, creaba una energía palpitante y abrasadora a partes iguales.

Pasmadas, las muchachas apenas podían seguirle el ritmo a la anciana. El instinto de supervivencia se activaba al pasar por aquellos callejones oscuros.

Al llegar al final de uno de ellos, la mujer se detuvo frente a lo que parecía una tienda abandonada. La puerta se abrió antes de que llamaran, y un hombre salió. Era enorme, a lo largo y a lo ancho.

La mujer se volvió hacia las niñas.

—Bueno, aquí estáis. Yo ya he cumplido. —Metió la mano en el bolso de algodón. Sacó un tigre de fino bambú, y se lo entregó a Charlie—. Dáselo al señor Chang.

—¿Esto? —Con incredulidad, Charlie lo sostuvo. No estaba segura de que aquella baratija pudiera ayudarla a descubrir quién había aniquilado a los Storm—. ¿Y quién es el señor Chang?

Pero su interlocutora se marchó sin mediar palabra. De pronto, dos gruesos y tersos brazos agarraron a Charlie y a Raquel y las metieron en el edificio. El hombre señaló al frente con un dedo rollizo:

—El señor Chang.

—¿El señor Chang está aquí? —chapurrió Raquel—. ¿Estás seguro? Yo no veo a nadie. ¿Quién es el señor Chang?

El portero no parecía propenso a dar explicaciones. Las agarró y cargó con una sobre cada hombro. Charlie se defendía a puñetazos, pero aquello era como golpear una plancha de acero.

—¡De verdad que no hace falta! Sabemos andar solitas.

Las soltó cuando llegaron al pie de una escalera de caracol y les dio sendos farolillos.

—Señor Chang —repitió, y señaló escalera arriba con el mismo dedo rollizo.

Las niñas subieron, en vista de que no tenía sentido hacer más preguntas.

—¿Es la decisión más juiciosa? —inquirió Charlie—. Porque ¿adónde nos lleva esto?

Raquel se encogió de hombros.

—¿Y qué quieres que hagamos? Hemos tratado de descubrir por nuestra cuenta qué sucedió aquel día, y ya ves el éxito que hemos tenido.

Charlie arqueó una ceja mientras subía.

—¡Santo...! —exclamó al llegar al último rellano.

Raquel subió a toda prisa.

—¿Qué?

Se quedó sin habla. Había una enorme sala circular, con un techo abovedado de jade verde que parecía de una sola pieza. A través de una lujosa cortina de bambú vislumbraron un extenso cubil en el que reinaba el lujo más puro.

—El señor Chang vendrá a veros en cuanto pueda. Os pide que lo esperéis dentro —les dijo con voz de niña una sonriente diosa de porcelana ataviada con el típico *chángpáo* floreado. Lo llevaba muy ceñido y dejaba entrever una silueta larga y esbelta.

Unas manos invisibles las despojaron de las capas grises y la anfitriona las guio por la sala. El corte alto de su *cheongsam* dejaba al descubierto una pierna de color blanco y cremoso.

Tras una nueva cortina de bambú las esperaba un cubil oscuro, repleto de esplendorosa riqueza. Raquel respiró hondo. Alguien apartó unas cortinas de seda y vieron unos divanes turcos con cojines de terciopelo, y mesillas de café laqueadas en rojo. Unos lujosos tapetes con estampados sugerentes cubrían las ventanas, y unas arañas de luces muy bajas iluminaban la sala.

—Sentaos, por favor. El señor Chang vendrá enseguida —les dijo la anfitriona, sonriente, y las guio hasta un diván vacío que se hallaba en el centro de la sala.

Allí se entremezclaban hombres y mujeres, chinos, europeos y árabes. Pero tenían un rasgo en común: las pupilas encogidas como ojos de aguja.

—*Ya-p'ian* —susurró Raquel lo más bajo que pudo.

Charlie asintió con un ligero temblor. No necesitaba que le tradujeran lo que decía Raquel. *Opio*. Estaban en un fumadero de opio. En una *hua-yan jian* o «sala para fumar flores».

Se pasó el dedo por el collar. Era muy consciente del interés que suscitaban. Deseó llevar la prenda con el cuello más alto de todos. Tal vez pecara de ingenua, pero no parecía que aquellas gentes de ojos vidriosos y poses lánguidas supusieran peligro alguno para ellas. Desde luego que en el fumadero se oía el murmullo del deseo carnal, pero, a decir verdad, todos ellos parecían demasiado drogados como para poder hacer nada. Charlie se dio una palmada en el muslo, agradecida por todas las armas que llevaba.

—Por favor. —Una abuela de ojos vidriosos, tumbada frente a ellas en un diván, les ofreció una pipa larga y ricamente adornada con plata y chagrín.

Ambas negaron con la cabeza, con incredulidad.

—Pues entonces, a más tocamos —replicó la mujer, y se rio con voz ronca. Se volvió hacia un anciano. Charlie supuso que era el abuelo.

La abuela sorbió de la pipa con fruición, como si de ambrosía se tratara. Charlie se cubrió la nariz, porque el humo acre de olor dulzón le revolvía el estómago. Además, le recordaba que la primera vez que había utilizado su espada contra otro ser humano había sido en un lugar como ese, hacía once meses. Ya había desenvainado el alfanje mientras entrenaba, pero solo entonces empleó la espada contra carne de verdad, con intención de herir... o de algo peor.

Los drogados y borrachos de ambos sexos eran sus víctimas predilectas: resultaba más fácil robarles. Charlie iba, sola o con Liu, y los aguardaba a la puerta de los salones, las tabernas y los fumadores. En las escasas ocasiones en que se encontraban con algún pendenciero y Charlie tenía que de-

rramar sangre, huían como almas que lleva el diablo. Conseguían un succulento botín con el que podían agenciarse algo de comida o acercarse a su destino. Nunca les bastaba para dejar de robar.

Y al final dejaron de robar. Pero a costa de que Charlie, o al menos la parte de Charlie que se consideraba buena persona, quedara herida. Miraba el fumadero de opio, los rostros de los clientes, de una hermosura grotesca. Víctimas fáciles. Y por eso se encontraba a disgusto.

—No deberíamos estar aquí. Tenemos que marcharnos.

Por su lado, Raquel estaba agitada: pensaba en la espada del soldado sin rostro que le había atravesado el corazón a su padre.

—Es la única pista que tenemos. —Se volvió hacia Charlie. Una mirada resuelta, dura como el acero, centelleaba en sus ojos castaños—. Nos quedamos.

Charlie suspiró, poco acostumbrada a recibir órdenes. También había perdido a su padre aquel día terrible. Raquel tenía razón: debían quedarse.

—El señor Chang ya está listo para recibirnos —les dijo la anfitriona, tras una espera que se les antojó interminable—. Seguidme, por favor.

Charlie y Raquel se incorporaron de un salto, contentas de poder marcharse de allí, y la siguieron hasta unas pesadas puertas de madera, adornadas con una rebuscada representación del ave fénix.

Se abrieron solas. Dos hombretones las hicieron pasar. El hombre que se hallaba al lado de Charlie le tendió una mano enorme con dedos gruesos como salchichas. Charlie le miró, confusa. ¿Acaso querría una propina?

Raquel puso gesto exasperado.

—El tigre. Quiere el tigre.

—Ah, claro —exclamó Charlie, acordándose de que lo

llevaba en la mano. Se lo entregó. Y entonces, por primera vez, Charlie distinguió en el fondo una imagen apenas visible, en forma de ojo. Frunció el ceño. No conocía el símbolo, pero tampoco tenía tiempo para pensar en ello. El hombre al que se lo había entregado le hizo un gesto de asentimiento al que estaba al lado de Raquel. Las hicieron pasar a un enorme despacho con ventanas de suelo a techo. La sala era tan espléndida como el fumadero, y estaba adornada con alfombras persas y objetos laqueados de color rojo. Pero ya nada las impresionaba. Excepto, tal vez, el hombre de aspecto severo que las esperaba sentado tras un enorme escritorio de madera oscura.

—¿Usted es el señor Chang? —le preguntó Charlie, convencida de que el hombre no hablaba inglés. Las miró con desdén.

—Otra mujer occidental que, en vez de escuchar, quiere que la escuchen. Los bárbaros sois así —les contestó el señor Chang en inglés.

Raquel reprimió un suspiro. Charlie entraba en todas partes como un elefante en una cacharrería. A Raquel le habría encantado sacar la daga y enseñarle al prepotente de Chang cómo se las gastan las mujeres occidentales, pero sabía que, dadas las circunstancias, la gentileza le serviría mucho más que la fuerza, de modo que le hizo una reverencia.

El señor Chang se animó.

—Veo que por lo menos una de vosotras sabe comportarse como una señorita. Siéntate, por favor. Tu compañera también puede sentarse, si quiere.

Obedecieron. A Charlie le costaba encontrar una postura cómoda: aquella silla de marfil parecía un instrumento de tortura. Cuando por fin se dio por vencida, alzó la vista y se encontró con las miradas ceñudas de Chang y Raquel.

—¿Querías que te trajera otra silla, o tal vez unos cojines



para que estuvieras más cómoda? —preguntó el señor Chang. Todo en él era condescendencia.

—No, estoy bien. ¡Gracias! — le respondió con una sonrisa de oreja a oreja que mostró todos sus dientes. Al señor Chang no le gustó aquella vulgaridad tan manifiesta. Raquel tuvo que contenerse para no arrearle un bofetón, por provocar de manera deliberada a Chang. ¿Por qué tenía que buscar siempre conflictos?

—Señor Chang, si me permite la osadía... Es un honor para nosotras estar aquí, y queremos expresar nuestro aprecio por su gentileza y su generosidad. Le damos las gracias por haber accedido a reunirse con nosotras. —Raquel miraba al suelo para no mirarlo a los ojos—. Sabemos que es usted un hombre muy importante, con muchos asuntos que atender, y por eso mismo no queríamos molestarlo.

—Tú no me molestas —contestó, mirándola a los ojos—. Con todo, no sé en qué puedo ayudarlos.

—Pero ¿no era usted quien deseaba que viniéramos? —inquirió Raquel, tratando de disimular su confusión.

—No —replicó el señor Chang, sin dar más explicaciones.

—Esa mujer pequeña y malcarada que nos ha traído hasta aquí ¿no trabaja para usted? —preguntó Charlie, claramente molesta—. Entonces ¿quién ha organizado esto?

—Me llegó un contacto anónimo —le señaló el señor Chang, sin dejar de mirar a Raquel.

—¿Y solo porque se lo dijo un desconocido accede a reunirse con gente de la que no sabe nada? —observó Charlie.

El señor Chang no respondió. Pero su mirada se endureció todavía más. Charlie había traspasado otra línea. Lo más probable era que el señor Chang hubiese aceptado algún tipo de pago a cambio de aquella reunión, pero un hombre tan turbio no lo reconocería jamás.

—¿Quién lo ha sobornado por nosotras...?

—¡Charlie! —Raquel levantó la mano—. Por favor, no eches a perder con preguntas necias esta inapreciable oportunidad de conversar con el señor Chang. —Cuando le pareció que la cólera del señor Chang se había calmado un poco, le dirigió la palabra con cautela—. Tan solo buscamos información. Tenemos entendido que el padre de Charlie, el señor Andrew Drake, le suministró lírium. ¿Es así?

—De vez en cuando comercio con lírium.

¿Comerciaba con lírium? Charlie guardó silencio, sin poder creérselo.

Durante cientos de años, su gente, los Storm, habían tenido una manera de mantener el suministro de agua a salvo de las enfermedades que antaño destruyeran sociedades enteras. Para ello recogían y procesaban el lírium, una planta que se hallaba en las profundidades del océano. La vendían o la intercambiaban por dinero, o por bienes que los ayudaban a sobrevivir, pero a un precio irrisorio. Los Storm habían sido guardianes del mar desde tiempos remotos. Su divisa era proteger a los menesterosos y destruir a cuantos hacían el mal. Uno de sus deberes consistía en proporcionarle lírium a la gente. No lo hacían para obtener un provecho, ni por negocio.

Sin embargo, al señor Chang, que comerciaba con opio, no parecían interesarle las obras de caridad.

Por fortuna, Raquel estaba pensando lo mismo que Charlie.

—Entonces ¿el señor Drake le ofrecía el lírium a usted, y usted se lo daba a quienes lo necesitaban?

—¿Que se lo daba? —Resopló ante esa mera idea—. Yo no trabajaba directamente con el señor Drake. Solo lo vi en una ocasión, cuando me presentó a su socia. Trabajo con ella.

—¿Una mujer? ¿Quién? —exclamó Charlie.

Raquel le estrujó de forma discreta la mano, con la esperanza de hacerla callar.

—Señor Chang, por favor, ¿sería posible que nos contara algo acerca de esa mujer?

El señor Chang tamborileaba con los dedos sobre el escritorio. Había llegado al punto en el que ambas lo irritaban.

—No tengo ni idea de cómo se llama, pero sí sé que, a pesar de su sexo, es inteligente. Refinada. —Le hizo un gesto a uno de sus guardias—. Por favor, acompáñalas afuera.

Raquel se mordió el labio. El señor Chang hablaba inglés con mucho acento, pero también con fluidez. De hecho, la historia de cómo un hombre tan culto había acabado en el negocio del opio debía de ser interesante de por sí. Le intrigaba sobremanera que el señor Chang se refiriese en tiempo pasado a Andrew, pero no a la mujer.

Los guardias dieron un paso adelante, pero Raquel se plantó con firmeza sobre la lujosa alfombra.

—Parece que todavía trabaja con esa mujer. ¿Cómo se llama?

Charlie le sonrió a Raquel. Le estaba demostrando que era una buena auxiliar.

El rostro del señor Chang se puso tan rojo como sus mesillas de café laqueadas.

—¡Niñatas estúpidas! ¿Es que os pensáis que en este trabajo utilizamos nuestros nombres de verdad y nos invitamos a tomar el té?

Un cosquilleo descendió por el brazo de Raquel. Su madre le había enseñado idiomas, pero el don de «leer» lo que pensaban los demás provenía de su padre. El señor Chang mentía.

Charlie, movida por la intuición, opinaba lo mismo que Raquel. Se inclinó hacia ella para susurrarle al oído:

—¿Quieres pegarle fuego en los pantalones a ese mentiroso, o prefieres que lo haga yo?

Charlie estaba desesperada por desenvainar la espada, pero Raquel prefería que ambas salieran con vida de allí.

—Por ahora no hace falta ningún fuego. Déjame que lo intente yo.

Se aclaró la garganta y bajó la voz, dispuesta a engatusar a su interlocutor.

—Mi muy apreciado señor Chang, la alegría que sentimos por hallarnos humildemente en su presencia es enorme. Lo único que queríamos era hallar algunas respuestas. Nos dijeron que un hombre importante como usted podría tener alguna información. Por favor..., le agradeceremos mucho cualquier consejo que nos pueda dar.

Charlie tuvo que esforzarse por no vomitar. Clavarle una espada en el pecho al señor Chang habría sido mucho más eficaz, y mucho menos humillante, para ambas.

El señor Chang suspiró. Su rostro recobraba poco a poco el color de la tiza.

—Yo solo conocía al señor Drake como «A» hasta que vosotras dos, so lerdas, me habéis dicho su nombre entero. A ella la conozco como «H».

—¿Y había trabajado usted en el negocio del lírium junto con Andrew Drake, señor Chang? —replicó Raquel, tratando de disimular su incredulidad.

—Eso es lo que os he dicho. —Hizo como si blandiese una varita mágica—. No me interesa lo más mínimo desmentir los cuentos de hadas que habéis oído, niñas.

Charlie no se podía creer que su padre hubiera tenido algún tipo de relación con un canalla como el señor Chang.

—¡Mentiroso! ¡Mi padre no habría colaborado nunca con un pedazo de basura que trafica con drogas!

El señor Chang apretó la mandíbula y cerró el puño.

—¿Y quién eres tú para juzgarlo? ¡Juas! Tu padre no era «un pedazo de basura que trafica con drogas», pero de todos

modos era inglés, ¿verdad? Pues bien, fueron los británicos quienes introdujeron el opio en China. Lo trajeron de contrabando por Bengala y por toda la India. ¿Sabéis una cosa? Los europeos no se hartan de la seda, el té y las porcelanas chinas, pero a nosotros no nos interesan ni vuestra lana ni vuestras especias insulsas. Así que esta es vuestra manera de equilibrar el balance contable, como se suele decir. —El hombre le lanzó a Charlie una mirada lasciva—. ¡El año pasado, tan solo la Sapphire East Trading Company importó dos mil cajas de opio!

Ambas dieron un respingo al oír el nombre de la Sapphire East Trading Company. La SETC era la corporación más poderosa del mundo entero y su influencia abarcaba prácticamente todos los campos, desde la política, el gobierno, los bancos y la construcción, hasta la salud y la provisión de alimentos. Pero su principal responsabilidad consistía en asegurar barcos —sobre todo, las grandes flotas mercantes— y en mantenerlos a salvo cuando cruzaban los mares. En cierta ocasión, las muchachas habían descubierto un plan de la SETC para saquear las flotas que la propia empresa aseguraba y, sin quererlo, se habían transformado en sus enemigas juradas. O más bien en enemigas del directivo supremo de la Sapphire East Trading Company: Rogers Barrish.

Rogers Barrish era uno de los hombres más admirados y poderosos del hemisferio occidental, quizá del mundo entero. No tenían la menor intención de cruzarse en su camino, ni de desatar su cólera. Lo único que quería Charlie, disfrazada de Pirette, era asaltar a un par de matones borrachos para desplumarlos. Pero descubrió un plan para saquear unos navíos mercantes estadounidenses. Entonces la pequeña Ingela, con sus dedos escurridizos, robó un mapa del despacho de Rogers Barrish. En su interior hallaron papeles secretos que incriminaban a Barrish como autor del plan. Tal

vez aquello encerrase una lección del karma contra los asaltos y los robos, pero no fue eso lo que más les llamó la atención. Desde los fatídicos acontecimientos de más de seis meses antes, tenían muy claro qué clase de canalla sin escrúpulos era el todopoderoso Rogers Barrish. Y peor aún: Rogers Barrish sabía que lo sabían. Por ello, se habían convertido en el objetivo de uno de los hombres más peligrosos en el mundo entero.

Charlie hizo rechinar los dientes, asqueada, y Raquel le tapó la boca. Por lo que sabía de Rogers Barrish y de la Sapphire East Trading Company, no le extrañaba que estuvieran implicados en el sucio comercio de opio.

—Le agradecemos que nos haya entregado su tiempo, señor Chang. Le damos las gracias por su generosidad —dijo Rachel despidiéndose. Pero el señor Chang no hizo caso y les gritó nuevas órdenes a sus hombres. Raquel cruzó los dedos para que las acompañaran hasta la salida, aunque, a juzgar por la ferocidad de su tono, tal vez les estuviera diciendo que las ejecutaran a ambas.

Charlie captó el mensaje de Raquel. Mejor salir vivas de ahí que tener la última palabra. Al menos, en aquel caso. Guardó silencio mientras los dos guardias las escoltaban por lóbregos pasillos hasta una escalera estrecha y oscura que, por suerte, conducía al exterior.

Volvieron a enfundarse las capas y se marcharon por el laberinto. Charlie compensaba su carencia en habilidades sociales con una memoria casi fotográfica de calles y mapas. Guio hábilmente a su compañera por callejuelas y callejones. En esta ocasión no se fijaron en los nuevos aromas y sonidos. Por el contrario, anduvieron en silencio, sumidas en sus reflexiones... sin darse cuenta de que alguien las seguía.